

entonces por el alcohol, se debatió en la mesa y exhaló un berrido. . . . No había tiempo que perder. Las manos de Sergio y de Flon, húmedas todavía de solución desinfectante, se pusieron a obrar tentaleando, débilmente esclarecidas por la lucecita crepuscular de una linterna de gendarme.

En los cuartos sombríos siguió representándose uno de tantos actos de la tragicomedia "Una mala noche de comisaría," por el tenor siguiente:

El médico y el practicante saliendo desesperadamente del mal caso, hostigados por infecta y heterogénea asistencia; el herido lamentándose entre maldiciones; la india tendida en la dura lámina de la camilla, en espera del *pase* al Hospital.—Replegadas contra la cama revuelta del practicante, las mujeres complicadas en el aborto; la parterita esperando a la capa en un rincón del "segundo;" y cerca de ella, atropellándose confusamente, nuevos gendarmes, nuevos ebrios y heridos.



V.

CÓMO ACABÓ LA MALA NOCHE.

Muy poco hacía que habían sonado las nueve en el cercano templo de San Hipólito cuando el Dr. Esteban Sergio salió de la Sección Médica. Su cabeza inclinada, como si siguiera contemplando en el suelo heridas insondables, lo mismo que la contracción amarga de su semblante, reflejaban el paso de su alma por dos horas de ingrata lucha.

Se detuvo un momento en el dintel del portón de la calle á medio cerrar, aspirando el fresco ambiente, complaciéndose en divisar á lo lejos, hacia el Norte, el perfil indeciso del cerro del Chiquihuite con vagos deseos de trasladarse á su desierta cumbre.

—“Buenas noches, compañero!”

—“Salud al Dr. Sergio, de la 5ª Demarcación!”

Quienes así le saludaban eran dos amigos, los Doctores Pinillos y Pedroza, ambos médicos legistas que iban á la habitación del primero, en la 7ª Violeta, para confeccionar dictámenes periciales. Nunca se vió un par más disímulo: Pinillos, llamado el “práctico” por sus pretensiones de sabio empirismo, érase un personaje alto y seco, tendencioso de palabras y modales, espíritu fofa que despedía conceptos huecos de tenue y brillante envoltura, bolas intelectuales de jabón.

Bajito y rechoncho, su socio Pedroza escondía méritos intrínsecos bajo una levita manchada, candidez columbina bajo su piel bronceada de semi-azteca. Modesto de verdad, purgaba con su pobreza el disparate de haber abrazado la profesión médica en un medio social donde sólo la falsa modestia prospera.

Uno y otro dirigieron á Sergio interrogaciones familiares.

—“Qué hay de nuevo en esa 5ª?”

—“Qué dice la Cirugía traumática?”

—Qué bueno ha de haber? Todo malo! . . . Ni qué Cirugía! . . . Digan Uds. *herradero*. Ven Uds. aquel monte? Es el *Chiquihuite*. . . Mejor quisiera operar allá, á solas, con mi practicante,

bajo el cielo estrellado. . . . Creo que tendría más probabilidades de salvar á mis heridos.

—Ud. siempre en los montes, por las nubes! . . . . Hay que adaptarse al terreno, compañerito Sergio, amonestó Pinillos.

—“Lo que se necesitaría, es que el Gobierno. . . .” opinó cándidamente Pedroza; y expuso sus ideas sobre la transformación de las Secciones Médicas en hospitalitos de socorro, montados á la moderna. Luego habló de la supresión de las pulquerías, la educación y “pantalonización” del pelado. . . .

—Educar al pelado! saltó Pinillos. Visiones! Visiones! Hay que dejarlo con su calzón blanco, su pulque y su cuchillo. Así es feliz. Y cuando pelea, hay que dejarlo. . . . Que se destripen unos á otros y venga otra raza! Nada de salvarles la vida, Doctor Sergio. . . . Déjelos que se mueran. . . . Nosotros también tenemos nuestro “herradero” en la Morgue-anfiteatro del Hospital San Pablo. Mandémoslos allá. . . . Es lo práctico!

Siguieron su camino á la 7ª Violeta los dos médicos de muertos. Sergio se quedó en el dintel, pensativo, revolviendo el apóstrofe de Pinillos: “Déjelos que se mueran. . . .” Y entonces ¿para qué afanarse?

Una pareja de gendarmes entrando con un pelotón de reñidores, le obligó á moverse de la puerta. Detrás de ellos, otros grupos venían por la 4ª de Zarco. ¡Tenía razón el supernumerario! Parecía que todo el cuartel 5º, con sus barriadas de Martínez de la Torre y los Angeles, ebrio todo él al brillar de la luna, enviaba á la comisaría su espuma de borrachera sangrienta.

Lentamente se retiró el Jefe de la 5ª Sección, calle abajo, por la de Zarco; dió vuelta á la izquierda hacia la calle de Santa María la Redonda en que vivía. Iba á cenar, con intención de regresar al servicio, pensando en el pobre Flon que permanecía de guardia, porque Carriles tardaba en relevarlo. Ni cabía llamar en su auxilio al primer practicante Noreña, un “matrero,” envejecido en las comisarías, alcohólico y dormilón por añadidura. . . . Estaba *franco*.

Pero un buen practicante, como Flon lo era, busca en el medio ingrato motivos agradables para adherirse al servicio. Los halló luego en su inquieto y desocupado corazón de veintiún años. Hacía tiempo que deseaba ocuparlo con algun afecto mujeril. . . . Una novia de balcón ó de ventana, con su cortejo de cartitas perfumadas, citas al través de la reja ó al borde de una

fuelle de vecindad. . . . Ese idilio no le tentaba, por lo vulgar.

El estudio de la Medicina, el cadáver, las mesas de operaciones y de examen, el *speculum* vaginal substituyendo á un misterio turbador una realidad carnal frecuentemente enferma. . . . al influjo de estos elementos los jóvenes se inician en el amor con algo de la mentalidad de viejos corrompidos.

Así, Flon rehusaba dirigir su sexualidad por los ordinarios senderos; en el brote anormal sus deseos se apartaban de los ideales admitidos por el común de los enamoradores noveles. . . . Cier to que los horrores de la comisaría, las reñidoras desmelenadas y mugrientas, le hacían suspirar por algo delicado. Pero que no le hablaran de la joven ejemplar que baja los ojos ruborosa y retira el pié bajo el asiento al oír un vocablo (¡tan impúdico!) como “pantorrilla.” Tampoco de la otra que al foganazo de la declaración, contesta tranquilamente: “voy á consultar á mi mamá si puedo corresponderle. . . .” Muñecas automáticas, de un pasivismo tal, que le helaba la sangre!

¡ “Mi Dulcinea tiene que ser activa ó no ser, decía Flon; puesto que yo, al revés de Don Quijote, nací pasivo para el amor.”

Pero contra su dicho, no lo era tanto que permaneciera indiferente ante la idea de que la tentadora parterita Julia Banué debía estar allí, á pocos pasos, pendiente de despacho. Salió de la Sección á “la Oficina” en busca de ella. Le informaron ¡oh sorpresa! que la partera y las tres sospechosas habían sido llevadas al “cuarto de detenidas.”

—“¡Cómo! exclamó el practicante, ¿y eso cuando he pasado una verbal del Dr. Sergio declarando que no había huellas de aborto?”—Colindres, escribiente primero, de luengos colmillos, el mismo que poco antes se mezclara al tropel que invadió la sección médica, enderezó su corcova para lanzar á Flon un apóstrofe de “no inmiscuirse en asuntos de la policía.”

—“Es una violación de la Ley” protestó Flon.

Irguióse tras de su pupitre el Secretario Guillermo Trillo, nombrado á últimas fechas, sin antecedentes en Comisarías. Hacía un mes que había trocado el empleo de corrector de pruebas en un periódico gobiernista por la Secretaría de la 5ª.

—“En hablándose de Ley, aquí estoy yo; aquí su santuario. . . .”

Citó el Art. 16 de la Constitución de 57: “Nadie puede ser molestado en su persona sin man-

damiento escrito de la autoridad competente...” Luego habló de Juárez, de Gambetta, hasta de Victor Hugo, porque la daba de leído. . . . “Ciudadanía. Derechos del hombre, *que son también de la mujer* . . . la mujer! . . . Ah! no insultéis jamás á la mujer que cae . . .” etc., etc.

—Vamos á ver eso, doctorcito Flon. . . . Esta Comisaría. . . ¡un santuario! . . . Todo es entrar en ella y ponerse bajo la egida. . . . “A ver esas señoras, las del lío del aborto!”

Secretario y practicante descendieron al patio, guiados en lo obscuro por la linternilla del cabo de puertas. Buscando y buscando, encontraron otro lío. . . . Se había tocado á dispersión clandestina. Una sospechosa estaba en el cuarto de oficiales “bajo la egida” de uno que la había acogido en su catrecito; otra se había escapado con un gendarme; la tercera, menos apetecible, condenada á trabajos forzados, fregaba el sucio suelo del calabozo en que pasara algunas horas Arnulfo Arroyo.

—“Nadie está obligado á prestar trabajos personales sin la justa retribución y sin su pleno consentimiento. . . .” recitó el practicante.

—“Artículo 5º de la Constitución de 57” interrumpió Trillo con un acento melancólico, en que se expresaban el desengaño y la resigna-

ción forzada. Se alejó meneando la cabeza, en dirección á su pupitre, con el aire de un corrector de pruebas que empezara á descubrir en la Ley de las Comisarias faltas gramaticales incorregibles.

Se quedó Flon en el patio con el cabo de puertas y la linterna.

—Iremos al “cuarto de detenidas” propuso el practicante continuando la investigación.

Salía de tal cuarto un rumor confuso, mezcla de juramentos, ayes y canturrias. Hizo el cabo resonar su manojó de llaves, y abrió; su linterna dejó entrever el interior como de cinco metros en cuadro donde pernoctaban las “detenidas” hasta su consignación a Belén. Muros pelados sosteniendo el techo hendido por las lluvias, un pavimento de frías baldosas, un banco de ladrillo perforado por pestilente agujero llevando el nombre de “excusado”. . . . y nada más que añadir al inventario del local.

Unas pegadas a la pared, sentadas sobre los talones, fumaban; otras acostadas en el suelo, formando pacífico montón después de la riña, digerían el pulque. Al ruido de la puerta, un grupo de cantoras interrumpió sus vocalizaciones. . . . El haz luminoso de la linterna alumbró a una sentada sobre el agujero. Por él se fueron

las ilusiones de Flon. . . . Era Julia Banué! Su dignidad de matrona la había salvado de concupiscencias; pero la asquerosidad circundante, repercutiendo sobre su intestino, apenas le permitió dejar a tiempo aquella actitud impoética.

—Vengo por Ud., vengo a salvarla!

La parterita salió impasible. Departiendo con ella en el pátio, descubrióle Flon un alma inerte, un corazón. . . . .

“Qué corazón!. . . . tiene en su lugar una placenta, organo empastelado que no palpita”. . . . se dijo el estudiante, psicólogo a ratos.

—“Libre! está Ud. libre!. . . . Al fin solos!” exclamaba, esforzándose por dramatizar tan vulgar situación. Ni así la matrona indígena se conmovía.

Lo que entraba en conmoción era el cuarto de detenidas. Despertaban las combatientes dormidas, con ganas de reanudar la lucha. Resonaron destemplanzas con inevitables alusiones a “sus madres.” Acudió el cabo y abrió la puerta. Por ella salieron megeras desgrednadas, conducidas luego a calabozos llamados “separos.”

Poco después las detenidas pacíficas se entregaron al canto. . . . Aires nacionales y trozos zarzuelescos. Dominando el *potpourri* una gar-

ganta averiada por los alcoholes atacó el aria de Marina.

“Aaay! En la inmensa llanura del mar  
Las aves marinas volando hacia acá.”

En el patio, el practicante solitario mal podía consolarse de la brusca partida de Julia Banué con aquellos ayes trémolos, aquellos himnos a la inmensidad salada saliendo de la humana cloaca. La parterita se retiró alegando que desde por la mañana había dejado en un vientre unas “secundinas” retenidas, cuya extracción le valdría un peso cincuenta centavos.

—“Oh mujer metálica, imparable y fría!” . . . .

Así comenzaba Flon su monólogo, cuando otro auxiliar, el núm. 12, le interrumpió requiriendo su presencia en la Sección.

—“Señor! Allí está una señorita muy asustada. . . .Creo que le quiere dar ataque.”

—“Solo esa me faltaba para esta noche, murmuró el practicante: una histérica!”

Y su cara no expresó el disgusto que podría deducirse de sus palabras. ¿Cómo no había de complacerse su espíritu de joven sexagenario? . . . . ¡Tan primerizo y ya incorporado a esa clase de feministas que ven en las histéricas el tipo

superior del sexo hermoso con sus caprichos agudos, su potencia imaginativa en alta tensión! El corazón le latía . . . . .

Desplomada en una silla del “segundo,” enlazadas las manos inquietas, turbado el pecho por respiración anhelante, estaba una muchacha en la flor de la edad, pobremente vestida, encapuchonada en luengo “tápalo,” por cuyo borde escapaban unas mangas campanudas. Cualquiera experto galante de la capital se habría desconcertado ante esta forastera que se apartaba del tipo corriente de muchachas frágiles. No tenía en su persona ni en su traje los signos exteriores de las vulgares heteras. Mas bien un aire de pecadora compungida. . . . Bonitilla, dejaba ver en la fineza de sus rasgos, en ciertas inflexiones lánguidas de su dicción, que era una *tapatía*.

—“Yo no soy de aquí; soy de Guadalajara; me llamo Elvira Resendis.”

Ante aquel talante y esa declaración hecha con voz meliflua, el practicante estuvo dudando de si tenía que habérselas realmente con una de tantas “candidatas al Hospital de la Canoa” que hacen antesala en las Comisarias. . . . Pero no! . . . . Nadie la consignaba como tal; venía *por su cuenta* a informarse si no habían traído a la

Sección a *un señor*. . . . Aquí su voz se turbaba, no acertaba a señalar la persona ni decir su nombre, ni explicar los motivos que la inducían a suponer que hubiese “caído” allí. . . . Que lo habían visto en las cercanías “algo tomado”. . . . que no llegaba a su casa. . . . que había “gentes” que lo malquerían. . . . y otras vaguedades.

Flon le leyó los nombres de los ebrios registrados en las entradas del día, incluso el de Arnulfo Arroyo. . . . .

No era ninguno de ellos!

—“Una camilla para un ebrio tirado que acaba de caer en el portillo de San Diego!”

Era un gendarme entrando de repente con su linternilla en la mano quien hizo resonar esa requisitoria tan repetida todos los días en las Secciones.

Un auxiliar se puso en pié; otro que dormía, echado de bruces sobre la mesa de curaciones chicas, alzó la cabeza restregándose los ojos con el dorso de la mano. Ambos, echándose al hombro sus cargueros, sacaron la camilla con la calma automática de bestias enganchadas. Detrás se movió el gendarme, arreando al tiro.

—“Es un señor que estaba tambaleándose agarrado a un poste de la luz eléctrica. . . . se está “hogando.”

Estas palabras que el gendarme dirigió a Flon antes de franquear la puerta acabaron de trastornar a Elvira Resendis. Como oyera el anuncio de “ebrio tirado”, tuvo un sobresalto que no pasó desapercibido del practicante. Luego se agitó para enderezarse como si quisiera seguir a los camilleros.

—¿“Qué le pasa, Señorita?” dijo Flon deteniéndola.

Por último, al oír el “se está ‘hogando” del gendarme, el acceso, reprimido hacía buen rato, se declaró. La jóven lanzó un grito, se desplomó en la silla de la cual cayera si no acudiese Flon a sostenerla. Rechinaron sus dientes, espumaron sus labios, sus brazos se extendieron rígidos mostrando los pulgares acostados sobre las palmas.

—Histero-epiléptica! exclamó Flon.

Y solo, por la ausencia de los auxiliares, tuvo que asir estrechamente aquel cuerpo convulso, descubrir el cuello, liberar el pecho. Aparecieron los senos pequeños y firmes. Libre del tápalo que cayó, sueltos los broches de la falda, se acusaron las formas de la tapatía en toda su esbeltez de raza. . . . Pero digámoslo en honor de Flon ¡flor de la caballería estudiosa!. . . . En presencia de aquel hermoso cuerpo que el azar ofrecía a sus admiraciones viriles, el futuro médico se sobre-

puso al hombre. En vez de llevarla al “primero” y tenderla en su catrecito, la dejó en el “segundo”, recostada en una camilla. Allí, sin tocarla más que para sentir su pulso y evitar que rodase, le prestó los pequeños auxilios. . . . Aspersiones de agua fría en la cara, algo de agua bromurada en una cuchara, entre los dientes apretados.

El sueño histérico empezaba a derivar en sueño tranquilo cuando tuvo que alejarse de ella.... Ya traían al ebrio tirado. Un tropel de acompañantes curiosos se quedó en la puerta. Resonaron en la entrada herraduras de caballo, las del que montaba un oficial encargado de custodiar la “remisión.”

—“Creo que se está muriendo” dijo uno de los auxiliares, mientras posaban la camilla en el suelo.

Boca arriba, sin mirada en los ojos propulsos, la cara enrojecida, los labios hinchados y lívidos, se dejó ver en la camilla un hombre grueso, más rubio que castaño, todo vestido de negro.

El practicante reconoció un estado harto grave para contentarse con el vulgar amoníaco. Las aspersiones frías, los sinapismos Rigollot, una inyección hipodérmica de estriknina no modificaron el cuadro. Desanudando la corbata ne-

gra, el estudiante abrió bien la camisa; bajo la camiseta de tricot apareció un rosario de gruesas cuentas negras; la oreja aplicada sobre el pecho velludo auscultó un corazón que flaqueaba como si diera los tumbos y pasos falsos de un ebrio en marcha. El hombre estertoraba, y sus estertores contrastaban con la respiración tranquila de Elvira Resendis.

—“Una pinza fuerte” ordenó Flon; y no tardó el 12 en presentarle una tremenda, vieja y herrumbrosa; pero capaz de pinzar la aorta. Con ella sujetó la lengua retraída del ebrio y se puso a removerla jugando al estira y afloja de las tracciones rítmicas.

Llegaba la ocasión de apelar a los grandes recursos de Comisaría.

—“¡Dame la sonda!”

Y el 49 trajo un tubo de caucho agrietado, dilatado por una extremidad en forma de embudo. Pero la sonda se rehusó a pasar por la faringe hinchada.

—“Vamos a flagelarlo!” clamó Flon con un acento semejante al que debió emplear Napoleón en Watterloo para llamar la guardia.

Retirado el calzoncillo, enrolladas camisa y camiseta hasta las axilas, empezaron a llover zurriagazos sobre la carne desnuda. De un lado



Flon con una toalla mojada, del otro un auxiliar con ancha correa. . . . Era la azotina tradicional, alternada y sacudida con vigor.

Al chasquido de los azotes que le enviaban al rostro salpicaduras frías, abrió los ojos la histérica paseando en torno una mirada atónita. Luego, fijándose en el azotado se incorporó gritando:

—“Es él! Es él! No le peguen!”

En un impulso por lanzarse sobre los flagelantes, falda y enaguas se deslizaron á sus pies. . . . Pareció surgir de entre los trapos, agitada euménide semidesnuda. . . . Exhibirse así, ante el tropel compuesto de gendarmes, amanuenses, cabo de puertas y otros curiosos; ver a su hombre, su incógnito “él” rudamente tratado, próximo a exhalar el espíritu en roncos suspiros! . . . Era demasiado para la pobre histérica y el acceso se renovó.

Cayó al suelo en un estado contractural intenso, el cuerpo hecho arco, posición que Flon en su médico galimatías calificó de “opistótonos.”

Entre Elvira que se arqueaba y el ebrio que se moría, el practicante tuvo que guardar para éste su atención preferente. A retaguardia, entre los recursos salvadores, quedaba la sangría. ¿Lla-

maría al Dr. Sergio para que la hiciese? Pero el caso urgía.

—“Si no se hincha la cefálica, sangraré en la basilica” trastabillaba Flon observando las venas del brazo derecho mientras ceñía el tercio superior.

—“¿Lo va usted a *rajar?*” preguntó el 12 viendo a Flon empuñar un bisturí a falta de lanceta.

Pero acabaron los estertores. Imposible la sangría. El ebrio había muerto.

Extendida de nuevo en la camilla, Elvira Resendis seguía agitándose. El practicante hizo un “pase” para que la admitieran de urgencia en el hospital Juárez. Se la llevaron amarrada con cuerdas, bajo el toldo de lona.

.....  
A la una y media de la noche, Flon, después de haber hecho los certificados y actas pendientes, se disponía a acostarse, rendido. Al remover la frazada roja que servía de cobertor, una rata saltó de bajo la almohada.

—“Tener que dormir entre tales bichos! ¡Hermoso descanso me ofrece la patria agradecida!... Y pensar que malos servidores en camas mullidas. . . .”

Tan amargas reflexiones de Flon fueron interrumpidas por la aparición súbita del otro su-

pernumerario, Carriles, que llegaba tarde a tomar su guardia.

—“Dispénsame colega! Fué un compromiso.” Y confesó ingenuamente que lo habían retenido en un bailecito.

—Lo de siempre! . . . Si me pagaras siquiera las guardias que te hago! . . .

—Hombre! no tendré en esta quincena; pero a la siguiente. . .

—“Hoy como ayer, mañana como hoy” . . . El caso es que me has dejado una guardia infernal. . . De todo ha habido. . . hasta un ebrio que se me murió!

—¿Algún pelado?

—No tanto. . . Vestía de negro como fraile. Aún no se han llevado el cádaver; puedes verlo en el patio. . . No se sabe el nombre. Sólo una muchacha lo conoció. . . pero ¿cómo sacarle algo? Es una histeriquita: Elvira Resendis. . . Cayó en accesos subintrantes, *opistotonada!* No quise cargar con dos muertos. La mandé a San Pablo. . . Y si vieras qué guapita! Una chula del interior. He de seguirle el bulto. . .

—Hombre feliz! Te has divertido más que yo. . . El baile no servía. . . No había ricas. Yo necesito una ricachona . . . Además, poco rejuego.

—Rejuego el mio. . . Un aborto provocado. . . Tres mujeres sospechosas. . . y nada! El Dr. Sergio las vió; no había huellas. Todo porque encontraron esa placenta en la basura (señalando un envoltorio arrumbado en la tabla amarilla.) Hay que conservarla hasta mañana, por si *prende* el chisme, y la reclaman. A la parterita acusada, la hice soltar. . . Julia Banué, dé la 4ª Violeta.

—La conozco. . . No es fea la azteca. . .

—Un témpano. . . La que sí me interesa es la Resendis.

—Pícaro! ¿Y te quejas de mi guardia?

—Me has partido. . . Me voy a descansar en mi colchón particular, que bien lo necesito. . . Ya hice el acta del muerto; pero falta pasarla al libro.

—Bueno; la pasaré. Pertenece a mi guardia.

Así conversando, los dos practicantes se disponían a despedirse en el dintel del portón. Se percibía ruido de lluvia menuda en la calle de Zarco, quieta ya y silenciosa. Un denso nubarrón opacaba la luna.

—¡Qué suerte! exclamó Flon; ahora que entras tú, llueve. . . Empieza para tí la buena noche; la mala fué mía.

En ese momento los auxiliares encargados de

1020006234

transportar a Elvira volvían con la camilla vacía.

—¿En qué sala la pusieron? preguntó Flon a uno de ellos.

—No la querían recibir. . . . Se despertó y gritaba mucho. Siempre la dejamos. . . . Creo que la echaron a "Observación."

—A observarla iré yo. . . . Adios Carriles!

—Hasta luego, Floncito. Pero ¿no llevas paraguas?

—Paraguas! Eso se queda para tí, Creso!

Y Flon se alejó levantándose el cuello del levitín.

Dueño del catre, Carriles se echó a dormir soñando en un matrimonio rico, al rumor de la lluvia y de las ratas. A lo lejos, allá en el cuarto de detenidas, un canto sonó:

*Aaay! En la inmensa llanura del mar. . . .*



## VI.

### LA RACIÓN DE MUERTOS.

Al día siguiente, cerca de las once, el Dr. Sergio llegó a practicar su visita diurna. Era el rato de los niños muertos. Uno yacía desnudo, en la tabla amarilla, cerca de la placenta en descomposición. Su vientre enorme y tenso, hacía contraste con la flacura de las piernas, con el tórax esquelético en que de lejos se podían contar las costillas; todo rematado por una cara de quijada picuda que le igualaba a un viejecito atrofiado.

—“Póngale Ud. enteritis tuberculosa,” dijo Sergio a Carriles dictándole el certificado de defunción tras un corto interrogatorio a la madre.

Otros cuatro muertecitos escondidos bajo los